

cuidado cuanto podía confirmar las sospechas que no había logrado desvanecer del todo en el ánimo de Pascal.

Poco sentía esta contrariedad: daba por bien empleada la mañana, y veíase al fin á punto de recoger el fruto de sus afanes.

Al llegar delante de la fonda de las *Colonias*, divisó á maese Lorient que hablaba á la puerta con un forastero.

Andando de aquel modo, Courtin burló de medio á medio al criado bretón que le espiaba.

Este le siguió hasta la otra margen del Loira, sin que el alcalde de la Logerie se volviera una sola vez para manifestar la inquietud tan natural de las personas que no tienen tranquila la conciencia: de manera que el bretón retrocedió y dijo á su amo que sin razón había sospechado del digno campesino, el cual dedicaba sus ratos de ocio á las distracciones más inocentes y á las más devotas prácticas; en términos que Pascal comenzó á hallar á Michel menos culpable por haber depositado toda su confianza en un servidor tan adicto.

## XXXV

### LOS DOS JUDAS

Digamos algunas palabras sobre la situación de la aldea de San Filiberto, pues sin un prólogo topográfico, que será breve como todos los de nuestra pluma, sería difícil enterarse circunstanciadamente de las escenas que vamos á referir.

La aldea de San Filiberto está situada al extremo del ángulo que forma el Boulogne al desaguar en el lago de Grandlieu, y á la margen izquierda de este río.

La iglesia y las principales casas del pueblo están como á un kilómetro del lago. La ancha y única calle sigue el curso

del río, y cuanto más se va el río abajo, más diseminadas están las casas, más escasas son y más humildes, de modo que cuando se divisa la gran sábana de agua azul guarnecida de cañaverales, adyacente á la calle, ya sólo se alzan en torno tres ó cuatro chozas de paja y cañas donde moran algunos pescadores.

A corto trecho de las mencionadas chozas se encuentra una casa de cantería y ladrillo, con postigos verdes, rodeada de gavillas de paja y heno como un campamento lo está de centinelas, y poblada de una infinidad de vacas, cabras, gallinas y patos, que mugen y balan en el establo las unas, y los otros cacarean y parpan delante de la puerta picando el polvo del camino.

Este camino sirve de patio á la casa, que si bien carece de tan útil dependencia, en cambio tiene los huertos más hermosos y productivos del país.

Desde el camino, por encima de los tejados y al nivel de las chimeneas, vense copas de árboles cargados en la primavera de la rosada nieve de sus flores, en verano de frutos de toda clase, y de verdor durante nueve meses del año; y estos árboles, formando al sud un anfiteatro de unos doscientos metros, se extienden hasta un altillo coronado de ruínas que al norte dominan las aguas del lago de Grandlieu.

La casa es el mesón ocupado por los parientes de la viuda Picaut, y las ruínas son las del castillo de San Filiberto de Grandlieu.

Los altos muros, las altas torres de una de las más célebres baronías de la provincia, edificada para imponer respeto y temor á la comarca y señorear las aguas del lago, con sombrías bóvedas cuyos ecos respondían al rumor de las espuelas del conde Gil de Retz cuando pisaba sus baldosas meditando aquellas monstruosas obscenidades que igualaron si no excedieron las de Roma antigua; hoy desmanteladas, cubiertas de hiedra y avelles silvestres, y hendidas por todos lados, han llegado al más deplorable extremo de decadencia; de grandes, imponentes y terribles que eran, vinieron á parar en humildemente militares, viéndose por fin reducidas á labrar la fortuna de una familia de aldeanos, descendientes de pobres siervos que en otro tiempo de seguro las miraban temblando.

Estas ruínas resguardan los huertos del cierzo, viento fa-

tal á la florecencia, y hacen que aquel pedazo de tierra sea un verdadero Eldorado donde todo brota, todo medra, desde el peral indígena hasta la vid, desde el cerbal de áspero fruto hasta la higuera.

Y no era este el único servicio que la antigua fortaleza feudal prestaba á sus nuevos propietarios: en los bajos, oreados por impetuosas corrientes, tenían fruterías donde los productos del huerto, conservándose hasta pasada su estación ordinaria, adquirirían doble precio; y en las mazmorras donde Gil de Retz sepultaba á sus víctimas, habían establecido una lechería cuya manteca y queso gozaban justa fama.

Así había trasformado el tiempo la titánica obra de los señores de San Filiberto.

Y pues acabamos de ver lo que era en la época á que se refiere nuestra historia, digamos algo de lo que era en tiempos anteriores.

El castillo de San Filiberto consistía primitivamente en un vasto paralelogramo cercado de muros, bañado por un lado por las aguas del lago, y por otro defendido por un ancho foso abierto en la peña, y el cual se inundaba con las propias aguas.

Cuatro torres cuadradas flanqueaban los ángulos de aquella grandiosa mole de piedra; un castillejo con rastrillo y puente levadizo defendía la entrada; y frontero al castillejo, otra torre más elevada é imponente que las demás dominaba el edificio y el lago que por tres lados lo rodeaba.

A excepción de esta última torre y del castillejo, la fortaleza estaba casi derruida, y aun el tiempo sólo había respetado á medias la torre, pues las vigas carcomidas del techo del primer piso, incapaces de sostener las piedras que de día en día se amontonaban sobre ellas, habían caído al piso bajo, no dejando otro paso á la torre que el de la plataforma.

En aquellos bajos había establecido su principal frutería el abuelo de la viuda Picaut, y sus paredes estaban guarnecidas de tablas donde ponía en invierno los productos del huerto.

Las puertas y ventanas de aquella parte de la torre se hallaban en muy buen estado, y en una de las ventanas aun se veía un barrote enmohecido que seguramente databa del tiempo del conde Gil.

Las otras torres y la muralla del principal cuerpo de edificio estaban en completa ruina; los desprendidos paredones

habían rodado á obstruir el patio, ó al lago que los cubría de juncos en todo tiempo y de espuma los días borrascosos.

El castillejo, casi intacto como la susodicha torre, estaba coronado de espesa hiedra, la cual le servía de tejado, y encerraba dos piccitas que, á pesar de la colosal apariencia del edificio, nunca habían tenido más de ocho ó diez piés en todos sentidos: tal era el grueso de las murallas.

El patio interior, que antaño fué plaza de armas, obstruído por los escombros que los años habían amontonado, sembrado de columnas, de almenas enteras, de arcos, estatuas y figuras, estaba completamente intransitable; un sendero conducía á la torre del centro, y otro menos bien trillado llevaba á un vestigio de la torre del Este, en la cual había quedado en pié una escalera de piedra por donde, merced á un prodigio de gimnástica, las personas curiosas de gozar una admirable vista podían subir á la plataforma de la torre principal, siguiendo una galería que corría á lo largo de la muralla, como los caminos alpestres trazados á lo largo de las rocas entre un barranco y una montaña.

Es ocioso decir que á excepción de la época en que estaba provista la frutería, nadie habitaba ni frecuentaba las ruinas del castillo de San Filiberto: sólo entonces se ponía un guardián que pernoctaba en la torre, permaneciendo la puerta cerrada lo demás del año, durante cuyo tiempo las ruinas quedaban á merced de los aficionados á memorias históricas y de los muchachos del pueblo, que allí acudían en busca de nidos, flores y peligros, tres cosas que siempre tientan á la infancia.

Aquellas ruinas eran el lugar de la cita que al señor Jacinto había dado Courtin, quien sabía que estarían desiertas á la hora señalada, pues al declinar del día su mala reputación ahuyentaba á los que mientras el sol brillaba en el horizonte corrían como lagartos por sus dentelladas aristas.

El alcalde de la Logerie había salido á pié de Nantes á eso de las cinco, y andaba tan aprisa, que una hora antes de anochecer atravesaba ya la selva que conduce á San Filiberto.

En este pueblo Courtin era un personaje. Verle faltar una vez al *Santiago el Mayor*, á cuya puerta solía dejar su caballo *Jolicoeur*, en favor de la *Piña*, ó sea del figón de la viuda Picaut, habría sido un suceso que todos hubieron extrañado. El alcalde de la Logerie se paró según costumbre

delante de la puerta de *Santiago el Mayor*, donde tuvo con los habitantes de San Filiberto, reconciliados con él desde el doble revés del Chene y de la Pénissiere, una conversación que en la situación en que se hallaba no carecía de importancia.

—¿Es cierto lo que dicen, maese Courtin? preguntó uno de ellos.—¿Qué dicen, Mateo? preguntó el colono; sepamos.—¡Nada! que habéis vuelto casaca y sólo mostráis el forro, por cuya razón, de azul se ha tornado blanca.—¡Vaya una tontería! exclamó Courtin.—Es que así lo dais á creer, compadre, y desde que vuestro amo se pasó á los blancos, ya no se os oye hablar como antes.—¡Hablar! dijo Courtin con socarronería, ¡y para qué! Deja hacer, que mejor es obrar, y... ya verás, muchacho, ya verás.—¡Mejor que mejor! Estos disturbios matan el comercio, Courtin, y si los patriotas no permanecen unidos, en vez de morir peleando como nuestros padres, pereceremos de hambre y miseria. Por el contrario, si conseguimos deshacernos de esa cáfila de tunantes que vagan por ahí, los negocios seguirán adelante, y eso es cuanto queremos.—¡Que vagan! repitió el alcalde; parece que ahora ya sólo vagan como aparecidos.—¡Ya! decídmelo á mí: no há diez minutos que he visto pasar al mayor pícaro del país con el fusil al hombro y las pistolas al cinto, y eso con tanta audacia como si no hubiese ningún soldado en toda la comarca.—¿Quién era?—José Picaud ¡par diez! el que mató á su hermano.—¡José Picaud aquí! exclamó el alcalde poniéndose lívido. ¡Diablo! ¿sería posible?—Tan cierto como estáis aquí, Courtin; tan cierto como no hay más que un Dios: aunque llevaba blusa y sombrero de marinero, hele conocido muy bien.

Courtin reflexionó un rato: el plan que había meditado y se fundaba así en la existencia de la casa con dos puertas como en las relaciones diarias que maese Pascal tenía con Petit-Pierre podía frustrarse, y en ese caso no le quedaba más recurso que Berta. Para descubrir el albergue de Petit-Pierre no podía valerse de otro medio que el que le había ido mal con Mary: seguir á la doncella cuando fuese á Nantes. Si Berta veía á José Picaud, todo estaba comprometido; pero peor era si ponía en contacto al chuán con Michel, pues entonces se descubría todo, el barón sabía el paso que su colono había dado en la noche de la partida abortada, y Courtin estaba perdido.

Pidió éste papel y pluma, escribió algunas líneas, y tendiéndolas á su interlocutor, le dijo:

—Mira, Mateo, aquí está la prueba de que soy patriota y nó una veleta que gira al viento de la voluntad de los amos. Hasme acusado de haber vuelto casaca con mi amo el barón, y en prueba de que estás en un error, hace solamente una hora que sé dónde se oculta, y voy á descubrir su paradero para que le prendan. Mientras pudiere, aprovecharé la ocasión de perder á los perturbadores de la paz, sin mirar si lo hago en provecho ó perjuicio propio, y sin curarme de si son amigos ó enemigos.

El aldeano, azul exaltado, apretó con entusiasmo la mano de Courtin.

—¿Tienes piernas? prosiguió éste.—Yo lo creo.—Pues lleva esto á Nantes al momento; y como todavía tengo muchas gavillas fuera, confío que guardarás el secreto, pues si supieran que soy yo quien hace prender al barón, mis gavillas correrían gran riesgo de no entrar en la granja.

El aldeano dió su palabra á Courtin, y como iba anocheciendo, éste salió de la posada y de la aldea por la izquierda, dió una vuelta por el campo, y retrocediendo, se encaminó á las ruínas de San Filiberto.

Llegado á la orilla del lago, siguió el foso exterior, y penetrando en el patio interior por el puente de piedra que había sustituido al puente levadizo, silbó ligeramente.

A esa señal, un hombre sentado al abrigo de unas piedras desmoronadas se levantó y acercóse al recién venido.

Era el señor Jacinto.

—¿Sois vos? preguntó aproximándose con precaución.—Sí, respondió Courtin, no hay cuidado.—¿Qué noticias traéis hoy?—Buenas; mas no conviene decírlas aquí.—¿Por qué?—Porque está oscuro como boca de lobo, pues por poco os piso sin veros, y alguien podría estar oculto á nuestros piés y oírnos sin que lo supiéramos: venid, que el negocio va por ahora muy bien para echarlo á perder.—Bueno; pero ¿dónde hallaréis un lugar más solitario que éste?—Necesitamos otro, creedme; si supiese que hay por ahí cerca un desierto, allá os llevara, y aun os hablaría quedo; mas á falta de un desierto hallaremos un sitio donde á lo menos tendremos la certeza de estar solos.—Vamos, pues.

Guió Courtin á su compañero á la torre del centro, no sin pararse á escuchar una ó dos veces, pues sea realidad,

sea preocupación, pareciale oír pasos y ver sombras; mas como el señor Jacinto le tranquilizaba á cada pausa, al cabo confesó que era un efecto de su medrosa imaginación, y llegado á la torre, empujó una puerta, entró primero, sacó del bolsillo una vela y una pajueta fosfórica, y encendida la vela, registró todos los rincones y anfractuosidades para cerciorarse de que nadie estaba escondido en la antigua frutería.

Una puerta en la pared de la derecha y medio hundida en las ruínas del piso, excitó la curiosidad y la inquietud de Courtin, quien la empujó y hallóse delante de una abertura de donde salía un vapor húmedo.

—Mirad, dijo el señor Jacinto que se había acercado á la gran brecha abierta en la pared, y por la cual se veía el lago que relucía á los plateados rayos de la luna; mirad.—Ya lo veo, respondió Courtin riendo; la lechería del tío Blas necesita reparaciones: desde que vine aquí se ha agrandado mucho este agujero por el cual pasaría ahora un lancha.

Alzando entonces Courtin la luz hacia la bóveda, trató de iluminar las profundidades del subterráneo inundado, y no lo consiguió; arrojó una piedra al agua, y oyóse un rumor que la sonoridad del lugar hacía siniestro, en tanto que las alteradas aguas respondían al rumor con el monótono murmurio de sus ondas que azotaban los muros y los pedregales de la escalera.

—Está visto, dijo Courtin, aquí sólo pudieran oírnos los peces del lago, y hay un proverbio que dice: Mudo como un pez.

En esto una piedra desprendida de la plataforma rodó á lo largo de los muros exteriores y cayó al patio.

—¿Habéis oído? preguntó á su vez el señor Jacinto con inquietud.—Sí, respondió Courtin, quien al contrario de su compañero que se intimidaba á la gigantesca sombra de las ruínas, había cobrado cierto valor al asegurarse de que nadie estaba oculto en el patio; mas no es la primera vez que veo semejantes cosas y oigo tales ruidos: yo he visto caer de estas viejas torres paredés enteras al contacto del ala de un pájaro nocturno.—¡Oh! exclamó el señor Jacinto con su risa gangosa de judío alemán; precisamente hemos de temer los pájaros nocturnos.—Sí, los chuanes, dijo el alcalde; pero nó, estas ruínas están muy próximas al pueblo, y aunque vague por estos contornos un bribón de quien me figuraba que nos habíamos desembarazado, y contra

quien acabo de verificar pesquisas aquí mismo, no se atreverían á venir.—Apagad la luz, pues.—Nó, si bien nos es inútil para hablar, paréceme que no todo ha de ser conversación.—¿De veras? preguntó el señor Jacinto con muestras de alegría.—Ni más ni menos. Vamos á aquella hondura, donde estaremos á cubierto y podremos ocultar la luz.

Y el colono llevó á Jacinto al arco que conducía á la puerta del subterráneo, puso la vela delante de esta puerta junto á una piedra, y sentóse en las gradas.

—¿Deciais, pues, preguntó Jacinto poniéndose frente de Courtin, que ibais á comunicarme el nombre de la calle y número de la casa donde se oculta Petit-Pierre?—O poco menos que eso, respondió el colono, cuyos ojos brillaban de codicia desde que á los movimientos de Jacinto oía el metálico rumor de las monedas de oro que en el cinto llevaba.—No perdamos el tiempo en vanas palabras. ¿Sabéis dónde vive?—Nó.—Pues ¿por qué me habéis molestado? ¡Ah! sólo siento haberme querido entender con un posma de vuestro jaez, os lo aseguro.

Por toda respuesta sacó el alcalde el papel que había recogido en la chimenea de la casa de la calle del Mercado, y tendiólo á Jacinto alumbrándole para que pudiese leer.

—¿Quién ha escrito esto? preguntó el judío.—La joven de quien os hablé y que estaba con la que buscamos.—Sí, mas ya no está con ella, y no veo qué partido podemos sacar de esta carta.

Encogió Courtin los hombros y dejó la vela diciendo:

—En verdad que para un señor de la ciudad no sois muy sagaz.—¿Por qué? Sepamos.—¡Pardiez! ¿no veis que Petit-Pierre ofrece un asilo á la persona á quien va dirigida la carta, en el caso de que la persigan?—Sí, y ¿qué?—Basta perseguirla y registrar la casa donde se refugie para que todos caigan en el garlito.

Jacinto reflexionó.

—Sí, el medio es bueno, dijo volviendo y revolviendo la esquila en sus manos, y mirándola al trasluz para asegurarse de que no contenía otro escrito.—¡Vaya si es bueno!—¿Y dónde vive esa persona? preguntó con indiferencia Jacinto.—¡Oh! esa es harina de otro costal, dijo Courtin; ahora ya tenéis el medio, según decís vos mismo, y lo halláis bueno; mas no os diré el modo de emplearlo hasta que soltéis prendás.—¿Y si ese sugeto no aprovecha el asilo que

le ofrecen? ¿si no se refugia al lado de la que buscamos? preguntó Jacinto.—¡Oh! del modo que os indicaré es imposible que deje de hacerlo. La casa tiene dos puertas; nos presentamos á una de ellas con soldados, huye él por la otra que adrede hemos dejado libre, y como nosotros estamos uno á cada extremo de la calle, le seguimos para no perderle de vista. Ya veis que el golpe no puede frustrarse; ea, abrid el cinto.—¿Vendréis conmigo?—¿Qué duda tiene?—¿Y hasta entonces no me dejaréis un minuto?—Ni soñarlo, puesto que sólo me dais la mitad.—Bueno; mas os prevengo, dijo Jacinto con una firmeza de que se le hubiera creído incapaz atendida su pacífica apariencia; os prevengo que, una vez recibida la mitad, si hacéis un ademán sospechoso, si advierto que me engañáis, os hago saltar la tapa de los sesos.

Y así diciendo, sacó del pecho una pistola; y aunque permaneció con rostro frío é impasible, el siniestro brillo de sus ojos daba á entender que no dejaría de cumplir su palabra.

—Como gustéis, respondió Courtin; y os será fácil, pues voy sin armas.—No tal, replicó Jacinto.—Ea, dadme lo que me prometisteis, y jurad que si el asunto va bien me entregaréis otro tanto.—Eso es sagrado, y contad con ello; ó somos ó no somos honrados; mas ¿qué necesidad tenéis de cargaros con este oro, ya que no debemos separarnos? continuó Jacinto, á quien al parecer le dolía tanto aflojar el cinto como á Courtin no recibir desde luego su precioso contenido.—¡Cómo! exclamó el alcalde, ¿no veis que deliro por tocar ese oro y que me muero de impaciencia al saber que está ahí sin poder tenerlo en las manos? Por el momento de gozo que voy á disfrutar al palparlo, pues me lo daréis ó de lo contrario no hablo; por ese momento lo he arrostrado todo, he cobrado valor, yo que tenía miedo de mi sombra, yo que temblaba al atravesar de noche el bosque. ¡Dadme ese oro! ¡Dadme! Ved que todavía hemos de correr muchos peligros, y ese oro me infundirá valor. Dadme pues ese oro, si queréis verme tranquilo é implacable como vos.—Sí, replicó Jacinto que había visto brillar el descolorido y desmayado rostro del labriego al proferir esas palabras; sí, os lo daré por las señas de ese hombre. ¡Vengan pues las señas!

Ambos deseaban con igual ansia la cosa esperada.

Levantóse Jacinto, desató el cinto, y embargado Courtin por el metálico rumor que de nuevo oía, alargó la mano para asirlo.

—Poco á poco, dijo Jacinto, toma y daca.—Sí; mas ante todo veamos si es oro lo que contiene.

Encogió á su vez el judío los hombros, y cediendo á los deseos de su asociado, tiró de la cadenita de hierro que cerraba la bolsa de cuero. Deslumbrado por el brillo del oro, estremeciéndose de piés á cabeza, y alargado el cuello, fija la vista, trémulos los labios, pasó con inefable fruición la mano por aquel montón de monedas, diciendo:

—Vive en la calle del Mercado, número 22, y la segunda puerta da á la calle paralela á la del Mercado.

Soltó Jacinto la bolsa y asíola Courtin exhalando un hondo suspiro de satisfacción.

Mas al propio tiempo alzó la cabeza con aire despavorido.

—¿Qué hay? preguntó Jacinto.—He oído pasos, dijo el colono con trastornado semblante.—Yo nó, dijo el judío; veo que he hecho mal en daros el oro.—¿Por qué? exclamó Courtin apretando el cinto contra su pecho, cual si temiera que se lo arrancaran.—Porque parece que dobla vuestros temores.

Courtin apoyó rápidamente la mano en el brazo de su acólito.

—¿Y bien? preguntó Jacinto comenzando también á sentir zozobra.—Os digo que oigo pasos encima de nosotros, replicó el alcalde alzando los ojos á la oscura bóveda.—¡Vaya! parece que os ponéis malo, dijo el judío esforzándose para reír.—El caso es que no me siento bueno.—Pues vámonos; ya nada tenemos que hacer aquí, y hora es ya de marchar á Nantes.—Nó, escondámonos y escuchemos; si han dado pasos, es porque nos acechan y nos aguardan á la puerta. ¡Gran Dios! ¿querrán ya robarme el oro? exclamó el labriego tratando de apretar el cinto en medio del fuerte temblor que le agitaba.—Está visto que perdéis el juicio, dijo Jacinto más animoso que su interlocutor; ea, apaguemos la luz y escondámonos en el subterráneo, desde donde veremos si os equivocáis.—Tenéis razon, tenéis razon, dijo Courtin soplando la bujía; abrió luego la puerta del inundado subterráneo y bajó el primer peldaño.

Mas al propio tiempo profirió un grito de espanto en el cual se percibieron estas palabras:

—¡A mí, señor Jacinto!

Llevaba éste la mano á su pistola cuando un robusto brazo asió el suyo retorciéndolo con fuerza. Fué tan agudo el dolor que el judío cayó de rodillas, bañada en sudor la frente y gritando: ¡Perdón!

—Ni una palabra, ni un gesto, ó te mato como un perro, dijo la voz de maese Jaime.

Dirigiéndose en seguida á José Picaut:

—¿Y bien? preguntó, ¿le tienes? ¡habla!—¡Oh! ¡malvado! respondió éste con voz entrecortada y fatigosa á causa de los esfuerzos que hacia para sujetar á Courtin, á quien había cogido en el momento de abrir la puerta del subterráneo, y quien forcejeaba para salvar, nó su persona, sinó su oro; ¡oh! ¡malvado! me muerde, me araña. ¡Ah! si no me hubieseis prohibido matarle, ya no resollaría.

Al mismo tiempo oyóse el ruido de dos cuerpos que cafan juntos al suelo.

—Si respinga ¡mátalo, mátalol! dijo maese Jaime. Pues sé lo que saber quería; ya no hallo inconveniente. —¡Par-diez! dijéraislo antes, y no habláramos más de ello.

En efecto, José Picaut no deseaba otra cosa: gracias á un esfuerzo supremo había derribado á Courtin, y poniéndole una rodilla sobre el pecho, sacó un afilado puñal cuya hoja vió el colono brillar en la oscuridad.

—¡Perdón! ¡perdón! gritó Courtin, ¡lo diré todo, no me matéis!

La mano de maese Jaime detuvo el brazo de José, apercibido á herir.

—Todavía nó, dijo; bien mirado, puede servirnos. Atale de piés y manos.

Era tal el terror del infeliz Courtin, que el mismo presentó las manos á José, quien se las ataba fuertemente con un cordel; sin embargo, aun no había soltado la bolsa repleta de oro, que con ayuda del cordel tenía apretada contra el estómago.

—¿Acabarás de una vez? preguntó el chuán.—Dejad que le sujete esta pata, respondió José.—Bueno, y después harás otro tanto con éste, continuó el amo de los conejos designando á Jacinto, que se había incorporado sobre una rodilla y permanecía mudo é inmóvil en esta postura.—Si yo vieses fuera más listo, dijo Picaut despechado de no poder desenredar el cordel.—Bien considerado, dijo maese Jaime,

no hallo razón para molestarnos tanto y estar á oscuras. Encendamos pues la linterna y veámosles la pinta á estos negociantes en reyes y príncipes.

Y sacando una linternita, púsose á echar lumbres con la misma tranquilidad que si se hallara en la selva de Touvain, y en seguida acercó la luz al rostro de Jacinto y Courtin.

Entonces vió José el cinto de cuero que el colono tenía sobre el pecho, y echóse sobre él para quitárselo: persuadido maese Jaime de que, cediendo el chuán á su odio contra el alcalde, quería asesinarle, abalanzóse para contenerle, al propio tiempo que una línea de fuego procedente de la bóveda superior rasgaba la oscuridad, oyéndose una sorda explosión: maese Jaime cayó sobre Courtin, bañándole el rostro con un licor caliente é insípido.

—¡Bandido! exclamó el jefe de los conejos incorporándose sobre una rodilla y dirigiéndose á José; me has tendido un lazo: te perdoné la mentira, pero pagarás la traición.

Y de un pistoletazo á boca de jarro derribó al hermano de Pascual Picaut.

La linterna se había apagado rodando de la escalera al lago, y el humo de los dos tiros había condensado más las tinieblas.

Al ver por tierra á maese Jaime, levantóse Jacinto, pálido, mudo, aterrado, huyó corriendo en torno de la torre sin hallar salida, hasta que por una estrecha ventana vió las estrellas que fulguraban en la oscura bóveda celeste: entonces con el vigor que el espanto presta, sin curarse de su cómplice trepó á la ventana, y no calculando la altura ni el peligro, arrojóse de cabeza al lago.

El agua fría calmó la sangre que con gran violencia se le agolpaba á la cabeza, y devolvióle toda la razón.

Subió Jacinto á flor de agua, y nadando miraba á todos lados para ver á dónde debía dirigirse, cuando reparó en una lancha amarrada en la excavación por la cual penetraba en la torre el agua del lago: lancha de que sin duda se habían servido los dos hombres para entrar en el inundado subterráneo.

Llegóse á ella el judío con sigilo y bogando se dirigió á la orilla.

—Calle del Mercado, número 22, dijo; nó, el terror no me ha quitado la memoria: ahora el éxito depende de la prisa que me dé en llegar á Nantes. ¡Pobre Courtin! creo

que ya puedo considerarme como heredero de los cincuenta mil francos que debía entregarle; pero cometí una gran simpleza al darle el cinto: á estas horas tendría las señas y el dinero. ¡Qué falta! ¡qué falta!

Y para ahogar sus remordimientos púsose á remar con una fuerza al parecer incompatible con sus débiles apariencias.

### XXXVI

#### OJO POR OJO, Y DIENTE POR DIENTE

Para seguir al señor Jacinto en su casi milagrosa fuga hemos abandonado á nuestro antiguo conocido Courtin, tendido en el suelo, atado de piés y manos, rodeado de una oscuridad profunda, y entre los bandoleros heridos.

La fatigosa respiración de maese Jaime y los gemidos de José le causaban tanto pavor como antes sus amenazas: temiendo que uno ú otro se acordara de que él estaba allí y quisiera matarle, no se atrevía á respirar, receloso de que le oyeran.

Sin embargo, prevalecía en él otro sentimiento más poderoso que el de la conservación personal: Courtin quería hasta el último instante ocultar á los que podían ser sus verdugos el precioso cinto que continuaba apretando contra su corazón, y para ello se atrevió á lo que tal vez no hubiera hecho para salvar su vida. Dejándolo resbalar poco á poco sobre el pecho, ahogando el rumor metálico que podía producir gracias á una presión hábil y á un instinto magnético, cual si sus nervios hubieran comunicado con el oro, hizolo llegar al suelo, y arrastrándose insensiblemente consiguió cubrirlo con su cuerpo.

En seguida oyó la puerta de la torre que rechinaba al girar en sus mohosos goznes, y volviendo los ojos á aquella

parte vió una especie de fantasma vestido de negro que avanzaba pálido, con una tea en la una mano y arrastrando con la otra por la bayoneta un pesado fusil, cuya culata resonaba en las baldosas.

Al través de las sombras de la muerte que ya se extendían ante sus ojos, vió José Picaut la aparición, pues exclamó con angustiada voz:

—¡La viuda! ¡la viuda!

La viuda Picaut, pues ella misma era, avanzó despacio, y sin mirar al alcalde de la Logerie ni á maese Jaime, quien, aplicada la mano izquierda á la herida que le traspasaba verticalmente el pecho, procuraba incorporarse sobre la derecha; detúvose delante de su cuñado y miróle con expresión amenazadora.

—¡Un sacerdote! ¡un sacerdote! exclamó el moribundo espantado por aquel sombrío fantasma y sintiendo á su vista un remordimiento.—¿Para qué te serviría un sacerdote, miserable? ¿Devolvería por ventura la vida al hermano que asesinaste?—No, no asesiné á Pascual, dijo Picaut, lo juro por la eternidad á donde voy á pasar.—No le asesinaste, pero dejaste obrar á los asesinos, si no les impeliste al crimen; y no contento con eso, hiciste fuego sobre mí, en términos que á no ser por la mano de un buen hombre que desvió el tiro, en una sola noche eras dos veces fratricida. Pero has de saber que no he vengado el mal que quisiste causarme, sinó que la mano de Dios te castiga por la mía, Caín.—¡Cómo! exclamaron á la vez José Picaut y maese Jaime, ¿ese tiro?..—Yo lo he disparado; yo que estaba cierta de sorprenderte otra vez en el crimen: sí, José, sí, tú tan valiente y seguro de tu fuerza, humíllate ante el decreto de la Providencia; mueres por mano de una mujer.—¡Qué me importa la mano que me hiera! puesto que muero, de Dios viene el golpe. Suplicote pues, mujer, que me dejes aprovechar mi arrepentimiento; haz que pueda reconciliarme con el cielo que he ofendido; tráeme un sacerdote, mujer, te lo ruego.—¿Tuvo tu hermano un sacerdote en su última hora? ¿Distele tiempo para reconciliarse con Dios cuando cayó asesinado por tus cómplices en el vado del Boulogne? No: ojo por ojo, diente por diente. Muere de muerte violenta, muere sin auxilio espiritual ni temporal, como ha muerto tu cómplice; y todos los malhechores, añadió la viuda volviéndose á maese Jaime, todos los malhechores que en nombre de